

EL ULTIMO CONFIN DE LOS HIELOS PATAGONICOS DEL SUR EN EL ESTRECHO DE MAGALLANES

Por

Arturo DE LA BARRERA Werner
Capitán de fragata, Armada de Chile



OCAS REGIONES del globo pueden contar en su historia un número tan grande de expediciones como ha tenido Chile, especialmente en sus regiones australes, desde el sur de Chiloé hasta Magallanes, Beagle a Cabo de Hornos, del paso Drake a mares de Wedell y Bellinghaussen.

Animados por ideales científicos, a partir del siglo XVI grupos expedicionarios se aventuraron con frágiles barcos y hoy, en modernos buques, siguen alcanzando hasta nuestras costas para solicitar autorización y pilotaje que les permita una segura navegación, para luego continuar luchando con indecible constancia contra la violencia de temporales inclementes, en zonas aún desconocidas para la ciencia y obtener con frecuencia resultados muy escasos a costa de durísimos sufrimientos y a veces de sus vidas mismas.

Este es el relato de una pequeña expedición iniciada por mar desde Punta Arenas el 28 de febrero de 1973 a bordo del PP. "Lientur", hasta alcanzar bahía Muñoz Gamero, para luego dejar en tierra un grupo de montañistas dispuestos a conquistar la cima del monte Burney, que se eleva a 5.700 pies de altura, a pocas millas del canal Mayne en la Península de Muñoz Gamero, y en donde tuvieron la oportunidad de apreciar en toda su extensión esta riqueza natural de flora y fauna, esta geografía que celosamente protegemos en todo el litoral, pero que también mostramos a todo extranjero.

La navegación efectuada por el buque para llevar a estos expedicionarios hasta bahía Muñoz Gamero fue por el Estrecho de Magallanes hacia la Boca Occidental, navegando los pasos Inglés, Tortuoso, Largo, Paso del Mar, entrando por Cabo Tamar, canal Smyth, paso Shoal y canal Mayne para recalar luego a la Bahía Muñoz Gamero, el día 1º de marzo.

A continuación viene la descripción que apareció en la revista internacional de expediciones y viajes "Expedition" editada en Londres, Vol. VI N° 4 con el título de "En la falda de los dioses".

La Patagonia tiene una notoria reputación por sus variadas condiciones de tiempo que, en la mayoría de los casos, determinan el éxito o fracaso de una expedición. Roger Perry, historiador natural y director de la Estación de Investigación Darwin en las Islas Galápagos durante seis años, se juntó con Eric Shipton para esta tercera tentativa de escalar el Monte Burney, el volcán activo más austral de los Andes.

Ubicado en la península de Muñoz Gamero, unas 130 millas al noroeste de Punta Arenas, este monte ha sido un hito familiar en la tortuosa ruta marítima que une al Estrecho de Magallanes con el territorio continental de Chile hacia el norte.

Espectacular, profusamente cubierto de hielo en sus laderas superiores y elevándose abruptamente hasta unos 5.700 pies a pocas millas del mar en la latitud 52° S., se halla este volcán activo más austral de los Andes, característica sumamente interesante de por sí, aunque se basa en una sola erupción que, según se dice, tuvo lugar en 1910. Siguiendo expediciones patagónicas anteriores, Eric Shipton había hecho dos tentativas de llegar a este monte.

La primera, en marzo de 1962, había sido abandonada después que su grupo se encontró con una serie de lagos (que no aparecían en el mapa) obstaculizando el cruce de la península desde el este. El siguiente mes de enero, llevando un bote de goma inflable, superaron este obstáculo, pero la lluvia incesante, las nubes bajas y las tormentas de nieve les habían impedido avistar siquiera la parte superior de la montaña durante los 16 días que duró la expedición.

Era evidente que el tiempo iba a ser el factor clave para nuestras posibilidades de éxito. Todo el lado de la Patagonia que da hacia el Pacífico, miles de millas cuadradas de montañas y selvas profundamente despedazadas por el mar, tienen una reputación casi sin paralelo por su tiempo tormentoso. Prolongadas lluvias pueden producirse en cualquier

época del año y, lo que es peor aún, violentos vientos barren la costa y las montañas, a veces durante días interminables.

La gran humedad, la brevedad de los períodos de buen tiempo y las bajas temperaturas, han dado origen a dos grandes mesetas de hielo eterno, al norte y sur de la Patagonia; reliquias de la Edad de Hielo y únicos ejemplares de su clase fuera de las regiones polares. Desde estas superficies heladas descienden numerosos glaciares y muchos de ellos fluyen a través de los bosques hasta el mar. Estos problemas para alcanzar esta región tan inmensa e inhóspita han significado que grandes zonas hayan permanecido virtualmente inexploradas por el hombre.

Tomando en cuenta la experiencia de las expediciones anteriores, nuestro plan era acercarnos desde el oeste, con el objeto de desembarcar lo más cerca posible del Monte Burney. Nuestro equipo y provisiones para tres semanas serían acarreados hasta un punto cercano a la línea de nieves eternas en la montaña, a una altura suficiente que nos permitiera aprovechar condiciones favorables del tiempo para tratar de alcanzar la cima. Un segundo objetivo era descubrir la procedencia de una lluvia de ceniza volcánica que se había producido aproximadamente en junio de 1970.

Panorama sombrío

Desde Punta Arenas, nos embarcamos en el patrullero "Lientur" de la Armada chilena para una travesía de 20 horas de duración hasta la Península de Muñoz Gamero.

La navegación por el brazo occidental del Estrecho de Magallanes confirmó mis impresiones sobre la salvaje e inclemente condición del tiempo. Aun cuando nos encontrábamos dentro de aguas protegidas del Estrecho, fuimos continuamente azotados por el viento y la marejada. Nubes bajas color plomo colgaban a ambos lados dando al panorama un toque de la más sombría desolación. Sólo ocasionalmente, cuando las nubes se adelgazaban y abrían un poco, apreciábamos las montañas con sus laderas destacadas por cascadas que descendían hacia los lúgubres bosques de la costa. La mañana siguiente fue un poco más clara, con ocasionales

rachas de lluvia que nos permitieron una travesía más tranquila hacia el norte a lo largo del Canal Smyth.

Puerto solamente de nombre, Muñoz Gamero fue el fondeadero de un buque carbonero que permanecía en la profunda bahía a los pies del Monte Burney, en los días anteriores a la apertura del Canal de Panamá. Una vez abandonado, la bahía volvió a convertirse en el tranquilo albergue de los indios alacalufes, una tribu nómada que habitaba en una extensión de 700 millas de canales patagónicos. Es posible que estos indígenas todavía vayan a la península en sus canoas a obtener mariscos, pero la tribu está ahora concentrada principalmente de la isla Wellington hacia el norte.

Durante un mes explorando una desierta región

El patrullero "Lientur" se puso al paio mientras desembarcábamos nuestras provisiones. Antes de dejarnos, el comandante del buque envió un saco de pan recién sacado del horno esa mañana —generoso gesto que apreciamos muy a menudo durante los días siguientes.— Al poco rato, nuestra carpa había sido levantada a la orilla del bosque.

Aquellos momentos se mantienen en el primer plano de nuestra memoria. El hecho de hallarnos solos en una costa desierta con alimentos para un mes y teniendo por delante el proyecto de escalar ese misterioso volcán, nos producía la más intensa sensación de aventura. Incluso nuestra cita de retorno, o sea, la fecha en que debíamos estar de vuelta en la playa, nos parecía algo irreal, pues dependía del itinerario del HMS. "Endurance", que vendría desde la Antártica a fines de marzo. Todos estos recuerdos son sumamente agradables porque además nos tocó desembarcar durante un período tibio y asoleado.

Cuando el sol se abre paso sobre esa región, parece como si se levantara un velo. Surgen pájaros aparentemente de la nada y el bosque, normalmente lúgubre, adquiere una nueva dimensión. Los árboles que nos rodeaban eran en su mayoría cipreses australes siempre verdes, cuyos ramajes modelados por el viento parecían haber sido barridos desde la playa. Esparcido entre el reluciente follaje se veía el color verde más claro de otros árboles,

semejantes al magnolio, con pequeñas flores blancas. Las fucsias y las floridas "desfontainesas" rojas y amarillas iluminaban las márgenes del bosque y en sus hondonadas crecía una de las flores más hermosas de la Patagonia: el coicopihue. Muchas veces durante los días siguientes nos encontramos con las delicadas campanas rojas del coicopihue columpiándose en la selva empapada por la lluvia, mientras el viento rugía sobre las copas de los árboles por encima de nuestras cabezas.



El coicopihue, una de las más hermosas flores de la húmeda selva de la Patagonia austral. Está estrechamente relacionada con el copihue, flor nacional chilena.

A la orilla de la playa donde un arroyo emergía de los espesos matorrales, crecía apio silvestre, una planta comestible conocida de los indios. A la mañana si-



Apio salvaje (*Apium Australe*), una planta comestible recogida por los antiguos aborígenes en las costas patagónicas.



Carta náutica que indica la ubicación geográfica del Monte Burney en la Península Muñoz Gamero.

guiente, cuando salí a la fría luz de un lluvioso amanecer, pensé en los alacalufes desayunando con apio, erizos y choritos. Partiendo temprano nos abrimos camino tierra adentro en busca de una ruta hacia el volcán. Pasado el bosque cercano a la costa nuestro viaje se hizo más fácil, aunque tuvimos que salvar extensas áreas pantanosas. Ese día nos acompañaron chubascos de nieve y lluvia, pero divisamos la montaña lo suficiente como para planear una ruta de marcha.

Durante seis días avanzamos tierra adentro, siguiendo las orillas de un río que corría hacia el oeste desde Burney.

A pesar de la difícil y cansadora caminata, la novedad de los alrededores y su vida salvaje fueron una rica recompensa durante aquellos arduos días.

En una oportunidad, al llegar a un grupo aislado de árboles espantamos a un grupo de magníficos pájaros carpinteros magallánicos, una especie emparentada con los "pico de marfil" de los pantanos de Florida. Muchas veces escuchamos el alegre cantar de los "tapaculos", esquivas avecitas que viven en las húmedas hojas y musgos que crecen a ras de tierra. Pero los habitantes más sorprendentes que vimos en este mundo de tormentas y nieves fueron colibríes y un periquito alimentándose de flores "desfontainesas".

Nuestro campamento final en el bosque fue instalado entre hayas antárticas. Una característica notable de este lugar era la gran cantidad de polillas, miembros de un género geométrico (*Apleria*) cuya hembra no vuela. Eran tan abundantes estos insectos que dimos al lugar el nombre de "Campamento de las polillas" y más adelante, a nuestro regreso a Londres, fue muy halagador para nosotros descubrir que pertenecían a una especie no descrita hasta la fecha.

El 7 de marzo nos trasladamos a nuestro campamento a poco más de 2.000 pies de altura. La tierra que teníamos al frente se hundía hacia el glaciar; muchos cientos de pies más abajo, apreciamos que el río que estábamos siguiendo surgía de un túnel en el hielo.

A la distancia, más allá de este valle, se hallaban los picos de la desconocida cordillera de Sarmiento con sus cimas jas-

peadas de hielo y nieve; una tarde, teniendo un mar de nubes extendido a nuestros pies, pudimos ver las espectaculares montañas de la cordillera de Paine.

Las condiciones meteorológicas cambiaban rápidamente. Los períodos de buen tiempo daban paso al frío y a la lluvia en forma inquietantemente súbita, pero los momentos de sol eran oportunidades enviadas por el cielo para secar nuestras ropas y sacos de dormir. Durante la primera semana, sin embargo, el Monte Burney nunca logró librarse de su velo de nubes. Se hacía visible, primero por un lado y luego el otro; y a partir de ese momento teníamos que planear una nueva ruta a través de los glaciares y los campos nevados.

La última etapa del viaje debió efectuarse a través de un área cubierta de grietas, escarpada pero no difícil, siempre que el tiempo se mantuviera y no volviera a caer nieve. Otras dos características de interés respecto a las montañas eran: hacia el sur, un elevado pináculo incrustado de nieve (que habíamos observado antes desde el Canal Smyth) y un color oscuro a la altura de sus nieves en el área occidental; esto último me pareció que podía ser ceniza volcánica.

La fuerza del viento aumentó a medida que ganábamos altura, siendo necesarias mayores precauciones a medida que escalábamos. Era extraordinaria la forma repentina en que el viento se levantaba o cambiaba de dirección. A veces solíamos ver restos de plantas arrastradas y elevadas, para luego pasar a ratos de completa calma. Habíamos lastrado nuestra tienda con grandes piedras y parecía segura contra sus furiosos ataques, aunque algunas veces los latigazos y crujidos de la lona hacían un ruido ensordecedor. Pero finalmente, en un momento en que no había nadie adentro, la tienda fue arrastrada por el viento.

Varias veces nos encontramos con pequeños grupos de huemules, el gran ciervo nativo de los Andes, que se hallaban más arriba de los bosques. En estos mismos lugares vimos también unas aves de pecho blanco, miembros de una familia de pájaros característicos de las partes templadas de América del Sur. Son similares al lagópodo por sus costumbres y a la



El huemul, ciervo de los Andes chilenos y figura del escudo patrio. Se han concentrado especies en el "Parque Nacional de Turismo Torres del Paine" y también al sur del Estrecho de Magallanes, en el Seno Magdalena y han sido avistados en áreas del "Parque Nacional del Cabo de Hornos".



El cormorán de rocas, un ave de las costas de Muñoz Gamero.

agachadiza por su vuelo errático y el lastimoso grito que dan en el momento de emprender vuelo. Fue maravilloso escuchar sus llamados semejantes al sonido de una flauta que escuchábamos a través del valle a la hora del crepúsculo.

Exitoso asalto a la cima

En la mañana del 10 de marzo las nubes empezaron a dispersarse. Poco después, a medida que el día se hacía más brillante, iniciamos viaje hacia la cima. En media hora la montaña estaba bañada por el sol y, milagrosamente, el tiempo se mantuvo bueno, prácticamente sin viento; durante el resto del día tuvimos pocas dificultades para trepar.

Llegamos a la cumbre por el suroeste y vimos que estaba coronada por varios espirales incrustados de hielo que se habían formado por la aglomeración de toba y bloques de lava al borde del cráter. Por uno de sus lados más bajos fluían dos impresionantes glaciares, uno hacia el noroeste y el otro hacia el este, con sus congelados lomos describiendo curvas hasta llegar a los bosques de los valles. Fue un día más que memorable por los magníficos panoramas y el sol resplandeciente.

Lentamente seguimos alrededor de la cumbre del cerro hacia el sur y desde ahí descendimos siguiendo nuestras huellas anteriores. A todo esto ya era tarde; demasiado tarde, desafortunadamente, para descender hasta un lago circular que vimos en ese momento cerca de la nieve por el lado sur del cráter.

Fuera de esto, no vimos otros signos de actividad en la montaña, ni fumarolas, ni lava fresca. Lo que yo suponía que era



Monte Burney. "Historia Natural del Estrecho de Magallanes y Costa Occidental de la Patagonia" (1871) de Cunningham, publicada por Edmonston and Douglas of Edimburg. Este paisaje fue dibujado por C. P. Vereker.

ceniza en el extremo occidental del monte Burney resultó ser piedra pómez y polvo de roca, llevado hasta ahí por los vientos encajonados en el valle. El descenso final hasta nuestro campamento lo hicimos bañados por la luz dorada del atardecer con cientos de islas esparcidas ante nuestra vista como gemas distantes.

En vista de que nos quedaban varios días, cruzamos hacia el lado norte de la península hasta Ancón sin Salida, una pequeña bahía relacionada con el cronista y navegante español del siglo XVI, Pedro Sarmiento de Gamboa. Llegamos hasta el más grande de los glaciares que habíamos visto desde la cumbre y seguimos el camino descendente del hielo, por los lugares donde estaba recubierto de guijarros, hasta la orilla del bosque. Evidentemente pudimos apreciar que el hielo sigue avanzando, mientras los árboles,

muchos de ellos inclinados como la Torre de Pisa, son empujados por la inexorable presión. Raíces, todo y pedazos de rocas caracterizaban la escena de devastación frente al glaciar. Nos abrimos camino a través del bosque y los pantanos, y al finalizar el segundo día llegamos a la costa.

El buen tiempo no duró. Gran parte de nuestro viaje hacia Ancón y el retorno posterior a la costa donde habíamos desembarcado lo hicimos en medio de neblinas o de violentas lluvias. El Monte Burney se mantuvo permanentemente envuelto en nubes y quedé impresionado por la extraordinaria buena suerte que tuvimos durante nuestro escalamiento. Las últimas noches nevó sobre los cerros bajos y cercanos a la costa y amarillentas ramas eran curvadas por el viento anunciando la cercanía del otoño austral.